

Don Quijote y Bolívar.

(Reservado en "Sola"
lo que y unanimes
M.G.B.]

("El Lobo Ilustrado" Caracas (Venezuela), 15 mayo 1907.

DON QUIJOTE Y BOLÍVAR

A propósito de una historia de Venezuela



Yo no sé si las relaciones culturales entre las diversas naciones americanas de lengua española son tan íntimas y tan activas como debieran serlo; y yo no sé si en Méjico, Perú, Venezuela, etc., se sigue con interés el movimiento literario, científico y artístico de Chile, Argentina, Uruguay, etc., y viceversa; yo no sé si la conciencia de la unidad hispanoamericana de la América llamada latina es todo lo viva que debería ser. Una de las más acendradas y más legítimas glorias del pensamiento hispanoamericano contemporáneo, José Enrique Rodó, el noble profesor montevideano, al final del hermoso discurso que leyó en la fiesta de la traslación de los restos de Juan Carlos Gómez desde Chile á Montevideo, su patria, decía que si es alta la idea de la patria, «en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo tan alto como la idea de la patria y es la idea de la América: la idea de la América como una grande é imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de Méjico hasta los sempiternos hielos del sur». Y añadía: «Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una ú otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana». Palabras tan altas y nobles cuanto es noble y alto el espíritu del pensador de «Ariel».

No sé si esto es más que un sueño de Rodó, pero es un sueño alto y noble. Es el sueño del gran Libertador, de Simón Bolívar, que pretendía dar libertad á Cuba y Puerto Rico y «establecer un equilibrio permanente entre la gran república de origen inglés y las repúblicas de origen español».

Así lo dice don José Gil Fortoul al final del capítulo IV del libro III de su «Historia constitucional de Venezuela», el primero de cuyos cinco tomos acaba de publicarse en Berlín, y obra que me ha sugerido las anteriores líneas. Porque es ciertamente una obra que merece



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

ser leída y conocida por todo americano; es una obra concienzuda y sólida y á la vez de muy grata y fácil lectura y no poco sugerente. A mí, por lo menos, me ha sugerido no pocas observaciones sobre hombres y cosas de América, observaciones que cuento ir comunicando á mis lectores.

Ante todo, los hombres. Siempre me ha interesado más el individuo que la muchedumbre, las biografías más que las historias generales y la psicología más que la sociología. Me parece que fué uno de los grandes aciertos de Sarmiento el de escoger la figura de Facundo Quiroga para trazar en torno de ella el cuadro de la lucha entre la civilización y la barbarie y uno de los grandes aciertos de Mitre el de tomar á Belgrano y á San Martín para agrupar en torno de ellos la historia de la emancipación de las repúblicas del Plata y aledañas. Con la ventaja acaso á favor de Mitre—á cambio de otras desventajas—de que como decía Alberdi á Sarmiento en la tercera de sus «Cartas Quillotanas» se debe escribir la historia de los buenos más bien que la de los malos é «historiando á Belgrano, á Rivadavia, á San Martín, á Moreno, etc., se habría podido educar á la juventud en el «amor á la libertad» más bien que en el «odio personal á los malvados». Y añadió: «Plutarco no historié á pícaros para servir á la educación», lo cual puede aplicarse al Plutarco americano, es decir, á Mitre, historiador de Belgrano y San Martín.

Mucho hay que aprender en la «Historia constitucional de Venezuela» del señor Gil Fortoul, pero yo, siguiendo mis predilecciones, he de fijarme ante todo en la figura del Libertador, tal y como el historiador venezolano nos la presenta.

Es, sin duda, Simón Bolívar, un héroe para un poema á la manera de los de Browning en que toma un personaje histórico como centro de reflexiones poéticas. Puede y debe decirse que hasta hoy la América ha producido más hombres de acción que contemplativos de pensamiento puro, sus Aquiles superan á sus Homeros; por lo general los historiadores, aun habiéndolos tan notables, no llegan á la talla de los historiados. El pensamiento es la flor de la acción y no florece y se encumbra la cultura filosófica, poética y científica de un pueblo hasta que, á través de dolorosas luchas, no se haya constituido en vista de un ideal común, más ó menos vago.

Hasta tanto sus pensadores en discordancia con el ambiente resultan incompletos é inadap-



tables como aquel D. Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, interesante figura de que nos habla el señor Gil Fortoul y que no pudo entenderse con Sucre, que vió en él un extravagante. ¿No se le llamó «loco» á Sarmiento?

El mismo Bolívar decía en 1822 que ni ellos ni la generación que les sucediese verían el brillo de la República que estaban fundando; que la América era una crisálida, que era menester una «metamorfosis en la existencia física de sus habitantes» mediante la formación de un nuevo tipo gracias á la fusión de razas, y en 1824 añadía que los pueblos americanos no podrían prosperar en cien años y que era menester fomentar la inmigración de europeos y yanquis.

Es el tema mismo del grandioso final del discurso que en 1873 pronunció Sarmiento al inaugurarse la estatua de Belgrano, el discurso conocido por el de la Bandera.

Y sólo cuando un pueblo se ha hecho homogéneo y se ha constituido definitivamente, cuando ha brotado en él conciencia patria colectiva y no vive sólo por el mero instinto de vivir—esto último es de Bolívar—sólo cuando tiene ideal es cuando comprende y siente sus glorias y cuando puede irradiar al mundo su pensamiento. Homero llega cuando están resueltas las luchas en que intervino Aquiles, cuando de Troya no quedan sino las ruinas y y es Elena polvo.

Y ¡qué figura la de Bolívar para el poema! Me permitiréis, benévolos lectores americanos, que como vasco que soy por todos treinta y dos costados me detenga en la vasconía del Libertador. Después de describirlo físicamente (páginas 329 á 330) agrega el señor Gil Fortoul: «En suma, tipo de vascongado, de que descendía por línea paterna...» ¡Cuántas veces en un verano que pasé cerca de Cenarruza no me he detenido desde los balcones de esta vieja Colegiata, antigua hospedería acaso para los peregrinos que pasaban por Vizcaya en piadosa romería á Santiago de Compostela,



á contemplar allá abajo, en el valle, el lugar de Bolívar, de donde tomó su nombre y su origen el Libertador !

«Si su organismo era sobre todo español —añade el señor Gil Fortoul—los ímpetus de su alma también lo fueron amenudo». Sí, españoles y quijotescos. Bolívar fué uno de los más fieles adeptos del quijotismo. Conocida es la anécdota, que he leído en Ricardo Palma («Mis últimas tradiciones peruanas y cachivachería», Barcelona, 1906) sobre la última frase

de Bolívar, cuando éste, en sus últimos días preguntó á su médico si sospechaba quiénes habían sido los tres más insignes majaderos del mundo y al decirle el médico que nó, contestó el Libertador: Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y... y yo! El mismo, pues, se incluyó, según tradición, con Don Quijote. Y cuando vuelva yo á hacer otra edición de mi «Vida de Don Quijote y Sancho, comentada y explicada» no os quepa duda de que la aumentaré incluyendo en ella pasajes de la vida del Libertador como incluí pasajes de la vida de Iñigo de Loyola, un vasco representativo.

Si á Don Quijote le lanzó á su locura cabaleresca aquel amor tímido y contenido hacia Aldonza Lorenzo, según yo creo ¿no determinaron acaso la carrera de Bolívar la muerte de su mujer María Teresa, y el dolor que le causó? «La muerte de su joven compañera (dulce y melancólica figura que la historia deja en indecisa penumbra)—dice el señor Gil Fortoul—lo arroja al punto en un verdadero torbellino: viajes que duran tres años; al principio la nostalgia del primer amor, nostalgia que á veces se convierte en desesperación; proyectos confusos; nuevas pasiones que se suceden violentas y efímeras; al fin, el alto ideal que se apodera de su espíritu, arrastrándolo á la lucha por la libertad de la patria.» Agrega el señor Gil Fortoul que fué tal la impresión dolorosa con que acariciaba el recuerdo de su mujer «que llegó hasta desear sinceramente la muerte». Y el mismo Bolívar decía en 1828 en Bucaramanga á sus amigos: «Si no hubiera enviudado, quizá habría sido otra mi vida: no sería el general Bolívar ni el Libertador». Y hé aquí cómo aquella María T. Rodríguez, á quien conoció y con quien se casó en España—á Bilbao, mi pueblo, fué á verla en el otoño de 1801—esa dulce figura penumbrosa que desfila por la historia, fué la de Aldonza Lorenzo de aquel Quijote americano, y cómo muerta ella, se le convirtió en Dulcinea en la Gloria.



Y ¿no es acaso quijotesco aquello que cuentan dijo Bolívar á raíz del terremoto de Caracas en 26 de marzo de 1812 cuando atribuyéndolo un fraile á azote de Dios irritado por haberse desconocido á Fernando VII, el ungido del Señor, el futuro libertador, que se hallaba en la turba entre las ruinas, desenvainando la espada y obligando á bajar de la mesa que le servía de púlpito al fraile predicador, gritó: «¡ Si se opondrá la naturaleza lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca! » ¿Y no es quijotesco aquello que en 11 de agosto de 1826 decía á Gual, el plenipotenciario colombiano al Congreso proyectado de Tacubaya, continuación del de Panamá, de que promoviera la expedición libertadora á Cuba y Puerto Rico, para poder marchar luego con mayores fuerzas á España.... si para entonces no quieren la paz los españoles?» Acaso se habrían resuelto no pocas cosas si nos hubiera conquistado Bolívar; digo, á nuestros bisabuelos.

Todo esto es profundamente quijotesco, pero hay algo más que acerca á Bolívar á Don Quijote, otro de los tres insignes majaderos de la historia. (Y ¡qué gloriosa, qué divina es la majadería así!) Cuantos hayan leído el Quijote recordarán aquel melancólico capítulo LVIII de la segunda parte, en que el caballero encontró unas imágenes de relieve y entalladura para el retablo de una aldea y las reflexiones de triste desesperanza que ellas le sugieren.

En mi ya mencionada «Vida» las he comentado largamente. Aquello fué como el Huerto de los Olivos de Jesús, el otro de los tres insignes, según Bolívar. Y ¿no están llenos los últimos años del Libertador de tristes reflexiones en que el héroe parece repetir con Don Quijote «¿no sé lo que conquistó á fuerza de mis trabajos?» En aquellos tristes momentos, en aquellas horas de desaliento, propias de todos los verdaderamente grandes, creía haber arado en el mar y desconfiaba de los destinos de las nuevas naciones que con su espada y su fe separó de España.

Pero hay una frase profunda, profundísima, tal vez la frase más profunda que he leído de Bolívar— con frecuencia hay en sus frases célebres más retórica á la española que no otra cosa— hay una frase que nos hace penetrar hasta el hondón del alma del héroe. Es cuando en 1824 escribía al marqués del Toro: «Entienda usted, mi querido marqués, que mis tristezas vienen de mi filosofía; y que yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio. Esto lo digo para que usted no crea que mi estado es triste, y mucho menos mi fortuna.» ¿No os dice nada esto del hombre triste en la prosperidad y triste por filosofía?

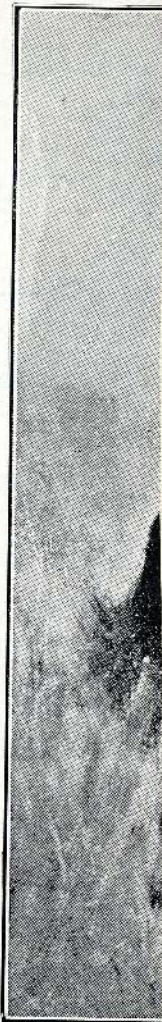


¿Llegaría Bolívar á sentir la angustia metafísica de todos los grandes, la terrible voz que surge del silencio de las eternas tinieblas y nos dice: y todo para qué?

No olvidemos que había leído á Rousseau, el patriarca del pesimismo, y que los dos volúmenes del «Contrato Social» que habían pertenecido á la biblioteca de Napoleón y el general inglés Roberto Wilson regaló al Libertador, solía llevarlos consigo, y los regaló, al morir, á la Universidad de Caracas.

A cada hombre puede juzgársele por sus lecturas favoritas. Don Quijote leía libros de caballería, Bolívar á Rousseau y San Martín apacentaba su espíritu con la lectura de Plutarco. Y el decir simplemente que aquél leía á Rousseau y éste á Plutarco dice tanto, para los que á Plutarco y Rousseau conozcan, como cuantos paralelos entre uno y otro puedan trazarse y los que hayan trazado el venezolano Larrazábal y el argentino Mitre, y el del chileno Santa María, el que llamó á San Martín zorro y á Bolívar águila, paralelo este último que reproduce el señor Gil Fortoul. El uno era rousseauiano, plutarquiano el otro, diría yo. Y no se olvide que Rousseau, por su parte, era un admirador y un lector entusiasta de Plutarco, de este Plutarco, de quien decía el general inglés Gordon, el héroe del Jáltum, que debería darse á leer á todos los oficiales del ejército mejor que un libro de táctica.

Podría ir por este primer tomo de la «Historia Constitucional de Venezuela», del señor Gil Fortoul, libro que aún ha de darme materia para otras consideraciones, recogiendo datos y noticias con qué seguir buscando semejanzas entre Don Quijote y Bolívar, y si fuese yo un Plutarco, no me costaría hacer una vida paralela de ambos. Los últimos mo-



mentos del gran Libertador son de tan intensa poesía como los últimos momentos del caballero manchego.

Poesía, sí, esta es la palabra, poesía. Poesía, poesía es lo que rezuma de la vida de Bolívar, como es poesía lo que rezuma de la historia de la emancipación de las repúblicas hispanoamericanas, lo mismo que de la épica historia del descubrimiento y de la conquista. Una y otra poesía están enterradas en las viejas crónicas de los conquistadores, de los Oviedo, Bernal, Gomara, etc., y en las memorias de los caudillos de la independencia. Poesía, sí, y esa poesía deberíamos ser nosotros, los españoles, los que más fuertemente la sintiéramos. Como Diego Láinez se llenó de orgullo al ver que su hijo, el Cid, sintiéndose mordido en el dedo por el padre, le amagó un bofetón, así nosotros, los españoles, deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frente á las tropas de los torpes gobiernos peninsulares y considerar una gloria de la raza las glorias de las independencias americanas. Pero aún no hemos llegado á esto. Ni aún, justo es decirlo, se ha llegado ahí, en América, á hacernos entera justicia, aunque cada día, sobre todo desde que España perdió á Cuba y Puerto Rico, aumenta el buen deseo de hacérsela, y prueba de ello es, entre otras muchas, la obra del señor Gil Fortoul que ha provocado este escrito.

Y vuelvo á lo que decía al principio, y que es uno de mis más repetidos estribillos, á la ne-

cesidad de que todos los pueblos de lengua castellana se conozcan entre sí. Porque no es sólo que en España se conozca poco y mal á la América latina, y que en ésta se conozca no mucho ni muy bien á España, sino que sospecho que las repúblicas hispanoamericanas, desde Méjico á la Argentina, se conocen muy superficialmente entre sí.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca : 1907.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES